CASTELLS BRISA



David Monnet

El Enigma del Halcón de Oro

MIQUEL CASTELLS BRISA

EL ENIGMA DEL HALCÓN DE ORO

Nº 4

Vision Libros

© Obra: David Monnet IV. El enigma del halcón de oro

© 2011 Colección David Monnet

Primera edición:Febrero , 2012

© Autor: Miquel Castells Brisa

ISBN: 978-84-9011-362-2

© Editado por VISION LIBROS www.visionlibros.com

Gestión, promoción y distribución: Grupo Editor Vision Net S.L.
C./ San Ildefonso 17, local, 28012 Madrid. España.
Tlf: 0034 91 3117696 // Email: pedidos@visionnet.es
www.visionnet-libros.com

Disponible en librerías físicas y online.

Los personajes protagonistas de esta historia són fruto de la imaginación del autor, cuyas aventuras transcurren, eso sí, en un marco histórico real. Cualquier parecido con la realidad será pura coincidencia.

Las opiniones expresadas en este trabajo son exclusivas del autor. No reflejan necesariamente las opiniones del editor, que queda eximido de cualquier responsabilidad derivada de las mismas.

Queda prohibida, salvo excepción prevista por la ley cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.es o por teléfono 917021970) si necesita fotocopiar, escanear o utilizar algún fragmento de esta obra. Gracias por comprar una edición autorizada de esta obra y por respetar las leyes del *copyright*.

Dedicado a mi hermano Pere Ramón

DAVID MONNET

Experto investigador de temas históricos. Hombre de cuarenta años, de metro ochenta y dos centímetros de altura, moreno, pero con abundantes cabellos blancos. Divorciado hace diez años de una mujer de su misma profesión —historiadora—, que no comparte los métodos de trabajo que tanto entusiasman a su marido. Así como ella gusta de realizarlo metida en su estudio y es ordenada, si cabe, en exceso, él no soporta estar encerrado y prefiere investigar sobre el terreno.

Tiene un aire bohemio y desordenado. Entusiasta y algo fantasioso que, sin embargo, sabe, si la ocasión lo requiere, convertirse en un personaje altamente refinado. Tiene fama bien merecida de mujeriego. Amante de la

buena mesa y entendido en vinos. Disfruta, cuando tiene ocasión, de una buena partida de poker.

Su principal virtud es su intuición fuera de lo normal, que le permite ser una autoridad en su profesión, circunstancia que le ha proporcionado numerosos reconocimientos por su valía.

Acostumbra a ir por libre y ofrecer el fruto de sus conocimientos a universidades y organismos oficiales, aunque no oculta a nadie su discrepancia con todo lo que hace referencia a cualquier tipo de religión. Sus principales clientes suelen ser los mismos estamentos religiosos que valoran más su talento que sus creencias.

La amistad con un monje de La Santé, que regenta un gran centro de información y archivos de la iglesia católica, hace que éste le proporcione numerosos trabajos de diferente índole que le obligan a viajar a los lugares más recónditos del mundo y pasar por trepidantes aventuras repletas de peligros.

Nacido en Barcelona, hijo de padres comerciantes, ha cursado estudios de historia

en diferentes universidades europeas y norteamericanas, siendo considerado el número uno en su materia.

Fruto de sus elevados honorarios, posee un castillo y unos viñedos en la Bretagne, donde elabora unos vinos de gran prestigio, al frente de los cuales y, llevando el negocio de sus bodegas, se encuentra Michelle, una joven mujer con la que tiene algo más que un trato laboral.

INTRODUCCIÓN

Egipto. Primer periodo medio, entre el imperio antiguo y el imperio medio. Entre la séptima y la onceaba dinastía. (Aproximadamente, 2154-2040 antes de Cristo).

Durante el extenso reinado de Pepi II, la autoridad real subsistía de forma ficticia. Los decretos que protegían los templos de los dioses y los funerarios que solían sellar en presencia personal del rey, según la antigua costumbre, documentan el falso mantenimiento de la dignidad de Rey del Alto y Bajo Egipto. Obligados por la tradición, los anales siguieron durante la séptima y octava dinastía. Lo que da a entender que en el país reinaba una situación que puede describirse perfectamente como anárquica.

La manutención de la población, en otro tiempo muy bien controlada, se desmoronó y empezaron a llegar épocas de hambre, agravadas por una importante subida del Nilo, que anegó una gran superficie de tierra cultivada.

Este estado de penuria originó la proliferación de ladrones de tumbas. De modo que en las necrópolis se produjeron saqueos a gran escala, destruyéndose templos funerarios reales, tumbas privadas y también obras literarias que reflejaban la situación en aquellos tiempos.

En aquella época, quienes ostentaban el poder eran los funcionarios provinciales (nomarcas), que se cuidaban únicamente de los habitantes de su jurisdicción.

En multitud de ocasiones, los alimentos eran conseguidos mediante incursiones a los territorios vecinos, donde las "jóvenes tropas" —grupos de guerreros mercenarios nubios—, los tomaban por la fuerza de las armas, hasta que el tebano Mentuhotep Nebhepetre, consiguió ganar una gran batalla a las fuerzas del norte y tomó el nombre de Horus "Aquel que unió el doble país".

Después de la unificación del imperio, reactivó el comercio con el Próximo Oriente y embelleció con monumentos los lugares sagrados del Alto Egipto. Para él se hizo construir el impresionante Deir el-Bahari, un monumental recinto funerario.

Pero, según se cree, encargó a su maestro de obras, Senhabep, que le construyera una tumba subterránea muy especial para albergar el cuerpo de Maethrá, joven de bajo linaje de la cual se sentía atraído y con la que tuvo, durante años, una relación apasionada.

Las obras se llevaron en el mayor de los secretos y, cuando la mujer murió, fue enterrada de la manera más íntima, asistiendo solamente los más indispensables.

Según cuentan, la estancia donde colocaron el cuerpo momificado era pequeña, pero con las paredes forradas con planchas de oro macizo. También, y de este mismo metal, eran el sarcófago y cuatro grandes halcones situados en las cuatro esquinas de la sala.

Mentuhotep hizo desaparecer todos los papiros que tenían alguna relación con la

tumba; tanto dibujaran su forma, como su ubicación. Sin embargo, el maestro de obras, Senhabep, evitó que fueran destruidos algunos de ellos. Construyó un pequeño halcón de oro y, en su interior, escondió un mapa de la situación del lugar y la manera de acceder al mismo.

Después, llevado por la codicia, quiso hacer chantaje a su señor; éste, lejos de ceder a sus amenazas, lo hizo matar y ordenó quemar junto con su cadáver, la casa donde vivía el maestro de obras. Pero un hijo de éste logró salvar de las llamas parte de la documentación y el halcón de oro.

Lo que sucedió a partir de entonces ha quedado en el anonimato hasta nuestros días.

CAPÍTULO 1

Oscurecía sobre Londres. Aquélla era una noche cálida y tranquila. El tránsito de vehículos se podía considerar, dentro de sus limitaciones, como muy aceptable. Era lógico, nos encontrábamos en plena época vacacional. A pesar de ello, siempre suele haber quien trabaja. Éste era el caso de Albert Hubbard, un hombre delgado, cuarentón, con el pelo rubio y bastante bien parecido. Era director del departamento de relaciones con los países del Golfo Pérsico, que por aquellas fechas se encontraba cerrando un asunto político sumamente delicado y que, al parecer, su resolución no era del agrado de todos.

Cerró la puerta de su despacho y miró el reloj de plata que llevaba sujeto por una

gruesa cadena de igual material. Eran las nueve menos cinco de la noche. En su cara se veía el reflejo de satisfacción producto de un trabajo bien hecho. No era para menos, llevaba implicado en él desde hacía más de tres años, y ya era hora de ocuparse de otra cosa. Tal vez…, dedicarle más tiempo a la familia, incluso ¿por qué no realizar aquel viaje pendiente que tantas veces había prometido a su mujer?

El ascensor, después de bajar catorce pisos, se detuvo en la primera planta del parking. La puerta se abrió y se dirigió adonde tenía su Jaguar verde. Apenas recorrió unos escasos treinta metros hasta llegar al vehículo, pero antes de poder entrar a su interior, una persona se interpuso entre el coche y él y, sin dejarlo reaccionar, le asestó con un fino estilete dos golpes certeros a los ojos que lo dejaron ciego completamente. Con un dolor extremo, quiso escapar de su agresor corriendo por la planta como pollo sin cabeza y, guiado por su sentido de la orientación, después de un corto recorrido, salió a la calle rompiendo la frágil barrera de la salida, con tan mala fortuna, que se puso materialmente debajo de las ruedas de un autobús que cir-

culaba a bastante velocidad aprovechando la escasa circulación de vehículos que había en aquel momento. El conductor intentó frenar por todos los medios posibles, pero sus esfuerzos resultaron estériles y lo arrastró varios metros hasta que se detuvo, quedando el cuerpo del diplomático totalmente destrozado.

Entonces, el agresor, después de observar la escena desde la esquina del edificio, subió a una moto que se encontraba aparcada a poca distancia del lugar y, de manera pausada, arrancó el motor y se fue calle abajo. Transcurrido un largo recorrido después de atravesar la ciudad de norte a sur, se detuvo a las puertas del hotel Comodote: un cinco estrellas de lujo. Cruzó el vestíbulo y recogió la llave de su habitación sin apenas prestar la debida atención al comentario que el recepcionista le había hecho en su afán por ser amable.

Una vez en su interior, encendió el televisor y buscó el canal de noticias. Estuvo unos minutos atento a la pantalla, pero se cansó de esperar. Se dirigió al baño, se desnudó y se metió en la ducha, donde estuvo más

de treinta minutos dejando caer el agua por su cuerpo sin efectuar el más mínimo movimiento. Después, comenzó a enjabonarse, empezando por la cabeza y continuando por el resto de su persona.

Salió del aseo con una toalla que envolvía su cuerpo. Tomó un vaso que llenó de ginebra y se acomodó frente al televisor justo en el momento en que daban la noticia de la muerte del diplomático.

Sonó el teléfono. Una voz ronca y con un tono muy desagradable dijo:

—Me he enterado por las noticias de que ha realizado su trabajo: ¡felicidades! Sin embargo, debo advertirle que sus métodos no son de nuestro agrado; así que, la próxima vez, deberá limitarse a seguir estrictamente nuestras órdenes o prescindiremos de usted. ¡Ahora escuche bien!: esta noche descanse. Mañana a las siete y media pasaran dos hombres y los acompañará al aeropuerto, desde donde efectuarán un vuelo hasta El Cairo. Una vez allí, les recogerá una persona que les dará las órdenes precisas de su nueva misión. Recuerde, debe cumplirlas al pie de la letra y

sin sus habituales demostraciones sádicas, o me veré en la necesidad de acabar con usted.

Apenas había escuchado la última palabra, cuando lanzó el teléfono encima de la cama, soltó un improperio y bebió un largo sorbo del vaso. Después, dejó caer la toalla al suelo, se metió en la cama y apagó la luz.